

LA VENTANA

Pandemia. La palabra pandemia en todos lados. La pronuncian las radios, los diarios, los canales de televisión, las redes, los maestros, los vecinos, los amigos. La pandemia esta en todos lados.

Virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos cuarentena pandemia virus casos muertos.

Han pasado días, han pasado personas... han muerto personas. Pasaron las semanas: "la cuarentena se extenderá por 15 días más", "aumento de casos", "se prolonga la cuarentena". Una noche, la televisión, con el volumen un poco bajo, muestra cadáveres tirados en las calles, otro canal muestra cifras altas. Cifras, números, personas... Baldazo de agua fría. Consciencia del horror lo llamaría... suena demasiado fuerte. Es demasiado fuerte. Rostros desconocidos lloran a sus seres queridos, recostados sobre los adoquines de alguna vereda en Sudamérica. Imágenes no aptas para personas sensibles. Fosas comunes son cavadas en países vecinos. Bolsas negras con vidas que se fueron se amontonan en camiones.

Miro por mi ventana, no parece que las cosas hayan cambiado. No creo todavía que las cosas hayan cambiado. Me asomo. Las pantallas muestran otra realidad... sé que más allá de la ventana, y del árbol que esta frente a ella, hay gente en riesgo, gente que se arriesga, hay más aislados, hay mas encerrados. Hay más ventanas.

Hay ventanas solidarias. Los medios muestran gente trabajando en comedores, repartiendo alimentos, abrigos. Hay ventanas del odio. Algún titular anuncia: murió quemada una mujer en situación de calle... la quemaron viva. Desde mi ventana se ve un árbol. Hay ventanas que veían a esa mujer, que ahora ven una mancha negra como único registro de esa vida. Hay muchas realidades distintas. Hay muchas ventanas.

Hay muchas lejos de mi ventana. ¿Por qué será que a veces no nos importan? ¿Por qué las imágenes no son aptas para personas sensibles? Personas sensibles... las hay de muchos tipos, pero gran parte son aquellas intentan ver por las ventanas de los demás.

Los demás...

Están tan lejos de mi ventana. Escucho sus voces, veo sus imágenes, pero están lejos. He hablado mucho con ellos. Recordamos tardes de sol y abrazos junto a un río. Volver el tiempo atrás se transformo en un deseo colectivo.

Más de una vez me pregunte qué hubiera hecho de saber que sucedería todo esto. Que un viernes caluroso saldría por última vez, hasta nuevo aviso. Que sería quizás, el último día normal como los conocía hasta ese momento. Sinceramente no lo sé... tuve tiempo para pensarlo pero no encontré una respuesta. El encierro se torna un poco pesado.

Pasaron los días, sobró el tiempo. Reordené mi casa. A veces es más fácil que reordenarse a uno mismo. Que reordenar la normalidad. Cambiaron métodos, contactos, horarios, lugares. Mates cada media hora. Leo textos del colegio a las tres de la mañana. Me cubro con un abrigo; soy afortunada de tenerlo, de estar encerrada bajo techo y con calor. Pensar, acercar, alejar, dejar, hacer, cambiar, adaptar, modificar, ordenar, reordenar, valorar. Verbos constantemente funcionales en tiempos como los de hoy.

Mate a todas horas, el agua caliente reconforta al cuerpo en noches frías. De insomnio, horarios desajustados. Duermo poco, duermo mucho. Hago cosas en horarios no correctos... nueva normalidad, cada uno se adapta como puede. Repaso algún texto de historia antes de hacer la actividad, pienso en el comentario ácido que hubiese hecho mi compañera de banco de haberlo leído conmigo. Pienso en cómo me hubiera reído, y en cómo nos hubiésemos callado de manera cómplice para evitar alguna mirada severa.

Me desconcentré, caliento el agua para otros mates. Es un poco triste no compartirlos en una ronda, sentados quizás en la fuente de la plaza. Que lejano suena hoy. Ya se cayeron las hojas del árbol. Espero a que hierva el agua. Decayeron los ánimos también.

He salido un par de veces, cuando estuvo permitido; me di cuenta de que también extraño ver la sonrisa de las personas. Si todavía están ahí, las tapan los barbijos.

Llevamos ya más de tres meses de cuarentena, creo que perdí la cuenta. Es de madrugada, me preparo un café. El vapor de la taza me humedece un poco la cara. El aroma que despiden la taza le da otro toque a las primeras luces de la madrugada. Asomada a mi ventana, veo como se va iluminando el patio. Han sido tiempos difíciles, para las ventanas que conozco, para las que no. Para los que se arriesgan a estar fuera de la ventana, trabajadores esenciales que les dicen, esos que mantienen esto funcionando.

Tiempos tristes. Las ventanas más queridas, están lejos, no puedo acercarme a ellas. Que importante resulto ser un abrazo al fin y al cabo. Están lejos, sí. Pero llegara el momento en el que ya no lo estén. En que vuelvan a ser moneda común los mates y los abrazos. Me aferro a pensar que ese día estarán sanos los pulmones de todas ellas, que serán lo suficientemente fuertes para compartir carcajadas, para cantar y silbar algún tema del Indio, para guardar suspiros y para gritar de la emoción cuando sepamos que todo paso.

El patio ya está completamente iluminado, el árbol también. Para mi sorpresa, pueden verse aún varias hojas verdes. Hojas verdes que aguantaron tiempos adversos. Que me convencen de no darme el lujo de la desesperanza.